

Interrogada Mad. Bovis sobre el asunto del reloj, responde, que Beauvallon, cuando cometió este robo, era un niño. Que ella solo lo considera como una calaverada, y mira con dolor que se halla envenenado un hecho semejante cuando pesaba una acusación grave sobre la cabeza de Beauvallon. La testigo se ve obligada á convenir á las interpelaciones del presidente, en que Beauvallon persiste en negar el robo ante la criada.

M. Cambier, al saber la muerte de Dujarier, recordó que el matador habia cometido en otro tiempo un robo en casa de una parienta suya. Cierta dia envió Mad. de Bovis á buscar al testigo, y le dijo que habia desaparecido de su casa un reloj; que esta sustracción la desconsolaba, por pertenecer esta alhaja á Mlle. de Classis (después Mlle. de Cloetlogon) cuya llegada iba á ponerla en una posición cruel. El testigo halla la pista del reloj, que habia sido empeñado en el Monte de Piedad por Beauvallon. Fué á casa del que lo sustrajo, que no era un niño, puesto que el hecho solo databa de cinco años, y halló la estancia en desorden, esparcidas por el suelo varias botellas y un traje de baile. Beauvallon se estrañó al verle, y quiso enojarse, pero yo añadí: «Espera abajo un comisario de policía.» Entonces me suplicó juntando las manos, que no le perdiese, y me dió el recibo del reloj que estaba en el traje de baile.

La mujer Cayot, antigua cocinera de Mad. de Bovis, fue á llevar á Beauvallon una carta, en que Mad. Bovis le preguntaba si la desaparición del reloj era una chanza.—La chanza, respondió Beauvallon, está mas bien de parte de Mad. Bovis que de la mía. Cuando recobró su gracia, dije yo:—De hoy en adelante, si no se encuentra alguna cosa, no seré yo la responsable.

Delaselle, antiguo portero de Mad. de Bovis, recibió una visita de esta y del padre de M. de Beauvallon, que le dijeron, que si decia una palabra de lo ocurrido, tendria que habérselas con su abogado. Sospechóse de él cuando la desaparición del reloj, á pesar de que decia Mad. de Bovis, hablando de Beauvallon:—¡ Ah! ¡ es muy capaz de esto!

Terminase la lista de los testigos, el 29 de marzo se da la palabra á M. Leon Duval, abogado de la parte civil, que pronuncia un vigoroso é ingenioso informe, de que reproducimos los pasajes mas esenciales.

Señores:

«Hoy se nos presenta otra de las desgracias causadas por el duelo. Un hombre de veinte y nueve años, que era el único apoyo de su madre, que del hijo de su hermana habia hecho el suyo, ha perecido trágicamente en un desafío, dejando tras sí, cubiertos de llanto y luto, á los que vivian de su afecto y de su asistencia. ¿Contemplará siempre impasiblemente el jurado estas sangrientas catástrofes? Se estremecerá sin cesar la sociedad al saber que en nuestros dias y á nuestros ojos, después de siglos de civilización y de cristianismo haya un medio de matar á un hombre sin que cueste otra cosa que presentarse ante el jurado... presentarse en un dia y una

hora dada, y decirle: hice uso de mi derecho: estas son las franquicias del duelo?

»Esto es, señores, lo que á nuestra vez vamos á experimentar, después de tantos otros que han llenado el mismo deber y que solo han sacado de este tribunal un veredicto mas al honor del duelo, un homenaje mas á la muerte violenta.

»¡ No importa! Aceptamos nuestra tarea. Quizá esta muerte prematura; quizá las maldiciones que han estallado contra el duelo sobre esa tumba tan tempranamente abierta, concluirán por dar un aviso á los poderes que hacen las leyes y á los poderes que las aplican.

»Y primeramente se pregunta el abogado: ¿cuáles son los dos adversarios? El uno Dujarier, hijo de sus obras, inteligente, laborioso, buen hijo, buen amigo, generosamente pródigo de una fortuna noblemente adquirida; ¡ y no obstante, se le representa de ánimo mezquino porfiado, sardónico provocador! ¡ Ah, señores! no hay que morir en duelo, porque de los cuatro puntos cardinales se levantarán gentes que os hallarán defectos, que os descubrirán caprichos, todo ello para venir á persuadir al jurado que es bueno mirar tan de cerca y que la desgracia ocurrida es mediana.»

El ingenioso abogado examina primeramente la pretendida ofensa desarrollada con un lenguaje afectado, lleno de presunción, que afecta los nervios, por M. Roger de Beauvoir. Recuerda que este literato era el favorecido y obligado por Dujarier, y dice que este duelo, por causa de haberse rehusado una novela, hubiera debido ser el de Alceste y Oronte. «Confieso que me pongo con gusto de parte del que rehusa una novela, pero si la rehusa en la mesa, es cosa sagrada, y me adhiero á su causa á vida ó muerte.»

«En cuanto al otro adversario, M. de Beauvallon, también se prodigaba á las damas de teatro, y por ello no le censuro. Cedia como Dujarier á los arrebatos de la juventud y á las libertades del folletín; pero menos prudente que Dujarier, no sabia preservarse ni de los peligros ni de los remordimientos de una vida disipada. Con un sueldo de 500 francos al mes, daba bailes á aquellas señoras, jugaba en una y otra parte un juego desenfrenado, y en una sola noche ganaba 15,000 francos.

»¿Se dirá que se los dió á ganar una suerte favorable, pero que no era capaz de perderlos, ó se querrá presentároslo como un millonario, que tenia una fortuna independiente de su folletín? Pero entonces, ¿qué significa esa indigna aventura que han hallado en su vida las primeras pesquisas de la justicia? Mad. Bovis, parienta de M. de Beauvallon, le recibia en su casa. Una mañana desapareció un reloj de oro de un porta-reloj colocado en la chimenea de esta señora. Recuérdase que solo Beauvallon habia entrado en aquel aposento, y un niño ha visto desde su cama, llevar la mano Beauvallon á donde estaba el reloj. Decídese, pues, Mad. Bovis, á escribirle, preguntándole si ha sido una chanza; mas él contesta seriamente que no se permite chanzas de esta especie. Entonces, Mad. Bovis envia á M. Cambier, que hace pesquisas minuciosas. Se encuentra